

barquitos en los canales y acequias de la chacra que popularmente era conocida como “la quinta de los curas” o como cuando enseñaba a andar a caballo a sus compañeros.

Por otra parte, en todo esto tenía, como hoy suele decirse, “un perfil muy bajo”. No iba en busca de un protagonismo centrado en su persona, sino que era una forma de estar presente en todo, pero con la actitud de quien da una mano, de quien pone a disposición de los demás sus buenas cualidades, sin darse ninguna importancia, sin la más mínima pretensión del reconocimiento o el elogio.

En otras ocasiones su servicialidad adoptaba la forma del “buen samaritano”, como cuando en sus últimos momentos –sin pensar en sí mismo– consolaba al joven enfermo traído a su habitación y lo encomendaba especialmente al enfermero y a los sacerdotes que lo visitaban.

Ceferino nos incluye a todos

Ceferino Namuncurá es un ícono de la religiosidad popular. Su imagen campea en las casas o departamentos de las ciudades y en los más humildes ranchos del campo. En las billeteras de los hombres o en las carteras de las mujeres. Y podemos preguntarnos ¿por qué su figura ha cautivado tanto a nuestra gente?

Ante todo, porque nos pertenece. Es uno de los “nuestros”. Y por provenir de los pueblos originarios de la Patagonia, con mayor razón. Se lo siente cercano. Insertado a fondo en el corazón y en el alma del pueblo. Próximo a los niños y a los jóvenes, como él mismo lo fue. Próximo a los adultos a quienes atrae su madurez y su sentido de responsabilidad ante la vida. Próximo especialmente a los pobres y aborígenes, que se sienten identificados con él. Próximo a la gente de fe, porque él trató de vivirla a fondo y sin claudicaciones. Próximo a los que están en búsqueda o pertenecen a otros cultos, porque él mismo supo abrirse para reconocer y apreciar otros valores. Próximo a los enfermos, ya que él mismo vivió y sufrió la experiencia de la enfermedad.

Y en segundo lugar, el pueblo devoto admira sin duda su humildad y su mansedumbre, su actitud de ponerse siempre como en el “último lugar”, en la cocina y con el repasador en la mano.

En una época en que somos particularmente sensibles a todas las formas de exclusión y discriminación Ceferino es un referente y un modelo que nos incluye a todos.

Por eso la gente de todas las edades y condiciones sociales y culturales lo invoca con confianza y lo mira con simpatía. Tal vez sea esa una de las claves. En una época signada también por el miedo, el recelo y la sospecha, Ceferino inspira confianza.

Colección “Hermano de todos” - 10 años de la Beatificación de Ceferino

Oficina Nacional de Comunicación - Obra de Don Bosco 2017

Fuente: Boletín Salesiano

Ceferino Namuncurá,

hijo de Dios y hermano de todos

*“El don de Dios es incomparable”
(Rm 5, 15)*

*Ese el lema que se eligió para la beatificación del santo mapuche el 11 de noviembre de 2007 en Chimpay, Río Negro. En éste joven encontramos los valores propios del pueblo mapuche y los valores del Evangelio de Jesús, en una estu-
penda síntesis de fe, vida y cultura.*



Los valores de su etnia

Ceferino fue, ante todo, un descendiente del pueblo mapuche, particularmente representativo, ya que provenía de la estirpe de los Curá (Piedra) y su abuelo Calfucurá (a quien sucederá luego su padre, Manuel Namuncurá) había sido el líder de la confederación mapuche, que aglutinó sobre todo a las tribus dispersas en la llanura pampeana, desde su sede en Salinas Grandes.

Él nació y pasó la mayor parte de su vida en Chimpay, viviendo según las costumbres y la cultura de su gente. Allí participó de los ritos propios de la religión mapuche, donde también fue bautizado por el padre Domingo Melanesio en 1888.

Del rico patrimonio cultural de su pueblo mamó los valores que fueron plasmando progresivamente su personalidad:

- Su amor a la tierra, ya que los mapuches consideran a la ñuque mapu (madre tierra), no sólo como el escenario donde se desarrolla la historia sino como el suelo nutricional que la hace posible. Desde este punto de vista, **Ceferino mapuche nos recuerda la necesidad de cuidarla y preservarla**, porque no puede ser abusada ni explotada impunemente.

- El sentido comunitario que atraviesa de lado a lado el universo cultural mapuche, ya que la vida de los pueblos originarios de la Patagonia transcurre siempre en el ámbito de la agrupación y allí se juegan los momentos más importantes y decisivos de la existencia.

- El respeto y el amor a la familia, cuna de la vida, que es el primer ámbito en el que el mapuche desarrolla su vida.

- La resistencia ante las dificultades y la valentía para superar obstáculos, no arredrán- dose ante las derrotas y reconcentrándose para sacar fuerzas de flaquezas y reaccionar positivamente ante ellas.

- La sensibilidad y admiración ante la dimensión trascendente y religiosa de la vida, ya que todo, en última instancia, se remite a Dios.

Cuando Ceferino parte de su tierra –lo cual significó para él un fuerte desgarrón– lo hace **“para ser útil a su gente”**. Nunca se avergonzará ni renegará de su estirpe, a pesar de las dificultades que conlleva, dada la calificación peyorativa que en esa época se adjudicaba a la condición indígena.

Siempre recordará con cariño a su tierra patagónica, se mantendrá vinculado con los suyos a través de una ininterrumpida correspondencia, de las visitas de su padre a los colegios que frecuentó y las noticias que le llegaban o que él mismo enviaba a través del Cardenal Juan Cagliero u otros misioneros que lo visitaban.

Al mismo tiempo, Ceferino se abrió a la sociedad blanca y se sintió fascinado por el Evangelio de Jesús, que no es propiedad de ninguna cultura sino que se dona y abre a todas, reconociendo sus valores y virtudes, purificando aquello que pudiera ser imperfecto y enriqueciéndola con la fuerza de la Gracia.

Ceferino asume con total lealtad y generosidad su fe cristiana y comienza a vivirla sin concesiones, con todo el corazón y con toda el alma.

Esta conciencia de su identidad mapuche y cristiana lo acompañará siempre y marcará a fondo todas sus actitudes y decisiones.

Discípulo y misionero

De la palabra y de la escucha, del discipulado, nace la fe. Por eso Jesús pronuncia su bienaventuranza: **“Felices los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica”** (Lc 11, 28). Ceferino, desde el silencio mapuche, tuvo el corazón abierto de par en par para recibir la Buena Noticia de Jesús. Supo ser esa buena tierra que necesita el sembrador para que la semilla germine, eche raíces y de mucho fruto.

Desde el catecismo, desde la liturgia, **desde la predicación y el acompañamiento espiritual, recibió de ella el alimento que necesitaba para crecer en la fe.** Quedó cautivado por la enseñanza de Jesús. Y sintió que debía vivirla sin vueltas ni rodeos.

Por eso, fue también misionero. **Sintió la necesidad de compartir la Palabra para que también otros tuvieran vida.** Lo hizo de una manera sencilla y casi inadvertida, sobre todo con su vida. Pero también soñando y anhelando ser ministro de la Palabra como sacerdote y misionero.

Lo hizo también a través de las muchas cartas que escribió, en las cuales se trasunta su profundo amor a Jesús y un agudo sentido de gratitud a todos los que lo apoyaron y ayudaron. Él había vivido desde adentro la experiencia del contacto con los misioneros que visitaban la tribu. Ahora quería ser parte activa de esta aventura.

Quiso, sobre todo, volver a estar con su gente para poder compartir con ellos los

Misterios del Reino, esos misterios que se esconden a los grandes y sabientes, y se entregan a los pequeños y a los humildes.

Una espiritualidad al alcance de la mano

A veces se piensa que la santidad es para “los que han sido tocados por la varita” o la gente que ha hecho cosas extraordinarias o gestos heroicos.

La vida de Ceferino, en cambio, transcurre sin grandes hazañas, sin proezas, siguiendo el ritmo de una vida simple, casi rutinaria, marcada por los ritmos propios de un inter- nado.

Por otra parte, **la santidad cristiana consiste en ofrecer a Dios todo lo que vamos haciendo, sufriendo, gozando, viviendo.** Es decir, se trata de un don y un llamado a llenar de sentido evangélico los pensamientos, palabras y acciones de cada día. Allí es donde se juega la verdad de la vida, allí es donde tiene que latir el corazón del discípulo de Cristo.

Esto es importante porque, entonces, nada queda fuera de la vida del creyente. Y uno se santifica tratando de vivir como verdadero cristiano en la familia, en el colegio o en el trabajo, en el tiempo libre, en el aporte dado por convencimiento para construir la sociedad y la Iglesia. En suma, en todos los ámbitos donde el ser humano se desenvuelve y actúa. También en la salud y en la enfermedad. Cuando las cosas nos sonríen o cuando llega la hora de las lágrimas.

En el fondo, se trata de vivir el Evangelio en el entramado de la vida cotidiana. En lo que tenemos que ir haciendo cada día, en cualquier momento y lugar. Y esto está ciertamente al alcance de todos los cristianos. Porque todos hemos recibido en el Bautismo el Espíritu de Dios que nos sostiene, nos guía y va haciendo su obra en nosotros. Nada puede sustraerse a su acción, cuando le abrimos la puerta y lo dejamos entrar. En este sentido, Ceferino no hizo otra cosa que secundar la obra del Espíritu que lo movió a vivir intensamente su fe.

El liderazgo desde el servicio

Los compañeros de Ceferino han reconocido que él tenía influencia sobre ellos, que ejercía un liderazgo importante. Sin embargo, este liderazgo no era fruto de una imposición sobre los demás. Ni siquiera de la “voz de mando” o de hacer valer una eventual capacidad de persuasión a través del magnetismo personal o la facilidad para el discurso. No, **Ceferino tenía un liderazgo hecho de mansedumbre y servicialidad.** Ante todo, influía con su presencia, con su testimonio y con su ejemplo. Y luego, por su actitud de servicio. En efecto, nunca pretendió ser servido, sino que siempre trató de “ser útil”. Tanto en el estudio, como en los recreos, como ayudando en la catequesis de sus compañeros, como orando por su familia y su tribu.

Pero además, **Ceferino fue un adolescente con mucha capacidad de iniciativa, que no solamente no se dejaba “llevar por la corriente”, sino que era capaz de proponer e inventar,** como cuando en Viedma inaugura y dirige las carreras de